

de Cortés, seguramente el monarca es quien supo primero tan malhadada noticia. Sin embargo, de órden suya habia dádoles el gobernader tan buena acogida. La llegada de geroglíficos que representaban á los nuevos huéspedes, revivían todos sus antiguos temores: convocó, pues, al punto á su consejo de Estado y á los reyes aliados de Tezcoco y Tlacoopan, y les instruyó del motivo que los reunia.¹

Segun parece, hubo variedad de opiniones en aquel cuerpo: algunos opinaban porque se resistiese á los extranjeros, ya con amaños ó por la viva fuerza: otros decian que si los tales extranjeros eran seres sobrenaturales, tan inútil seria la maña como la fuerza; además, que si como ellos decian, eran los embajadores de otro príncipe, seria infame é injusto proceder de aquella suerte: que era claro que no pertenecia á la familia de Quetzalcoatl, porque se habian mostrado contrarios á la religion (pues que la noticia de lo que habian hecho los españoles en Tabasco ya se sabia en la capital). Entre los que eran de dictámen de que se les hiciese un amistoso recibimiento, estaba Cacama, el señor de Tezcoco.

Pero Moteuczoma, cediendo á sus vagos temores, adoptó un medio que, como siempre sucede, era el menos adecuado. Resolvió enviarles ricos regalos

¹ Las-Casas, Hist. de las Ind., MS., lib. 3, cap. 120. Ixtlixochitl, Hist. Chich. MS., cap. 80. Idem, Relaciones, MS. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, lib. 12, cap. 3, 4. Tezozomoc, Crónica mexicana, MS., cap. 108.

que les hiciesen formarse una alta idea de la riqueza y poder del imperio, y al mismo tiempo les prohibia que se acercasen á la capital, con lo que dió á conocer á un mismo tiempo su debilidad y su riqueza.¹

Mientras la corte azteca se agitaba de esta suerte, los españoles estaban en la tierra caliente no poco molestos por el excesivo calor y por la atmósfera sofocante de los vastos arenales en que estaban acampados; no obstante que los naturales mitigaban aquellas incomodidades con su atención y buenos oficios. De órden del gobernador de la provincia habian construido los indios cerca del campamento mas de mil cabañas hechas de ramas de árbol y de esterás. En ellas preparaban los alimentos para Cortés, sin recibir ninguna recompensa, mientras que las tropas los obtenian mediante el trueque de algunas fruslerías que traian. El campo estaba, pues, bien abastecido de carne y pescado preparados de mil maneras apetitosas; de semillas, plátanos, piñas y otras agradabilísimas frutas de las de los trópicos, desconocidas hasta entonces de los españoles. Estos procuraron de preferencia obtener algunos pedacillos de oro, cuyo tráfico, aunque de poca importancia, parecia mal á los parciales de Velazquez, que lo consideraban como un ataque á los derechos de éste;

¹ Tezozomoc, ubi supra. Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS. Ixtlixochitl, Hist. Chich., MS., cap. 80.

mas Cortés no juzgó prudente contrariar en esta materia las inclinaciones de sus compañeros.¹

Pasados siete días ú ocho á lo sumo, llegó la embajada de Moctezuma al campo de los españoles; dilacion que parece casi increíble, atendida la gran distancia que media entre la corte y la costa; mas recordemos, que como ya lo hemos dicho en otra parte, las noticias eran llevadas por medio de las postas, en el corto tiempo de veinticuatro horas;² de suerte que de cuatro á cinco días bien pudieron andar setenta leguas los enviados, acostumbrados como todos los mexicanos á caminar largo y aprisa. Pero sobre todo, no hay escritor alguno que haga subir á mas el tiempo que tardaron en llegar los emisarios indios. La embajada la componian dos nobles aztecas, el gobernador Teuhtlile y cosa de cien esclavos que traian los regalos enviados por Moctezuma. Dicen que á uno de los embajadores se le eligió por parecerse mucho al retrato de Cortés que habia venido en las pinturas; y una prueba de la fidelidad de aquel es que los soldados españoles reconocieron luego la semejanza y llamaron constantemente á aquel indio el Cortés mexicano. Al entrar los embajadores en la tienda del general, le saludaron á él y á sus capitanes con las señales de reveren-

1 Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 39. Gomara, Crónica, cap. 27, apud Barcia, t. II.

2 Lib. 1º, cap. 2º de esta obra.

cia usadas con los personajes de alta consideracion, y las cuales consistian en tocar la tierra con la mano y llevar despues ésta á la cabeza, entretanto oscurecian el aire con nubes de incienso que arrojaban los criados sobre la persona de aquel á quien se saludaba. Desenvolvieron algunas esteras del país ó *petates*, delicadamente trabajados, y sobre ellos extendieron los esclavos las cosas que traian. Eran de varios géneros: escudos, yelmos y corazas cubiertos de láminas de plata y con adornos de oro puro, collares y brazaletes del mismo metal; sandalias, abanicos, penachos y crestones de variadas plumas, mezcladas con hilos de oro y plata, y salpicadas de piedras preciosas y de perlas; pájaros y otros animales perfectamente imitados en oro y plata, de una hechura acabada; cortinas, frazadas y túnicas de algodón tan fino como la seda y de ricos y variados colores, entretegidas de plumaje que rivalizaba con la pintura mas delicada.¹ A mas de todo habia mas de treinta tercios de mantas de algodón. Entre los regalos estaba el casco español que habian mandado á la capital y que volvia ahora repleto de gra-

1 Pedro Mártir infiere que los indios conocian el juego del ajedrez, de la circunstancia de que algunas de sus telas de algodón estaban taraceadas ó pintadas formando cuadros como en el tablero de las damas y el ajedrez! Habla de una tela, curiosamente fabricada con pelo de animales, pluma ó hilaza, entretegidas entre sí. «Plumas illas et concinat inter cuniculorum villos; interque gossampii stammina ordiuntur, et intexunt operose adeo ut quo pacto id faciunt non bene intellexerimus.» De Orbe Novo, (Parisiis, 1587) dec. 5, c. 10.

nos de oro; mas lo que principalmente llamaba la atención, eran dos láminas circulares de oro y plata del tamaño de la rueda de un coche: la una de ellas que representaba al sol, tenia esculpidas plantas y animales que seguramente simbolizaban el siglo de los aztecas; tenia treinta palmos de circunferencia y estaba valuada en veinte mil pesos de oro. La rueda de plata, del mismo tamaño que la otra, pesaba cincuenta marcos.¹

¹ Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 39. Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 1.º Las-Casas, Hist. de las Ind. MS., lib. 3, cap. 120. Gomara, Crónica, cap. 27, apud Barcia, tomo II. Carta de Veracruz, MS. Herrera, Hist. genral, dec. 2, lib. 5, cap. 5.

Robertson ha citado la autoridad de Bernal Diaz, cuando dice que el valor de la lámina de plata eran 20,000 pesos ó cerca de 5,000 libras esterlinas. (Hist. de América, vol. II, nota 75); pero Bernal Diaz habla solamente del valor de la lámina de oro, y dice que valia 20,000 pesos de oro, cosa muy distinta de los pesos ú onzas de plata, con los cuales ha confundido el primero la moneda de que allí se habla. Como frecuentemente hemos de hacer mención del peso de oro, será conveniente informar al lector de cuál era probablemente el valor de esta moneda.

Nada mas difícil que fijar el valor actual de una moneda usada mucho tiempo antes, pues ocurren multitud de circunstancias que dificultan el cálculo, como el demérito que han tenido los metales preciosos, la adulteración de las monedas especiales y otras semejantes. El Sr. Clemencin, secretario de la Real Academia de Historia, en el sexto volumen de sus «Memorias,» ha calculado con gran exactitud el valor de las diferentes clases de moneda que se usaban en España á fines del siglo xv, precisamente en la época que aconteció la conquista de México. No menciona en sus tablas el peso de oro; mas si fija el valor exacto del ducado de oro, lo cual basta enteramente á nuestro intento. (Memorias de la Real Academia de Historia, Madrid, 1821, tomo vi, ilustr. 20.) Oviedo, un contemporáneo de la Conquista, nos dice que el peso de oro y el castellano tenían el mismo valor, el cual era precisamente una tercera parte mayor que el del ducado de oro. (Hist. de Ind., lib. 6, cap. 8, apud Ramusio,

Los españoles no pudieron reprimir el placer que les causaba la vista de aquellos tesoros, mas ricos que cuanto se habian figurado en medio de sus sueños de codicia; además que por ricos que fueran aquellos objetos, eran aun mas notables que por su valía, por la belleza y perfección de su manufactura; tal es el testimonio de los que despues los pudieron examinar friamente en Sevilla.¹

Luego que Cortés y sus capitanes hubieron acabado de ver los regalos, relataron comedidamente los embajadores el mensaje de su soberano. «Nuestro amo y señor,» dijeron, «tiene el mayor placer en entrar en trato con un monarca tan poderoso como

Navigazioni et Viaggi, (Venetia, 1565, tomo III.) Ahora bien, segun Clemencin, el ducado equivalia á ocho pesos setenta y cinco centavos de la actual moneda; luego el peso de oro equivalia á once pesos y setenta y siete centavos; ó en monedas inglesas á dos libras, doce schelines, seis peniques. Teniendo esto presente, es fácil computar el valor de cualquiera suma de pesos de oro.

¹ «¡Cierto, cosas de ver!» Exclama Las-Casas que las vió en Sevilla en compañía del emperador Carlos V. en 1520. Quedaron todos los que vieron aquestas cosas tan ricas y tan bien artificadas y hermosísimas, como de cosas nunca vistas, &c.» (Hist. de las Ind. MS., lib. 3, cap. 120. «Muy hermosas, dice Oviedo, quien las vió en Valladolid, y que describe minuciosamente las dos grandes ruedas.» (Hist. de las Ind. MS., loco cit.) Mártir que todo lo averiguaba, despues de haberlas examinado escrupulosamente, exclama con énfasis: si quid unquam honoris humana ingenia in hujuscemodi artibus sunt adita, principatum jure merito ista consequentur. Aurum, gemmasque non admiror quidem; qua industria quove studio superet opus materiam, stupeo. Mille figuras et facies mille prospexi, quæ scribere nequæ. Quid oculos hominum sua pulchritudine æque possit allicere meo judicio vidi nunquam.» De Orbe Novo, Dec. 4, cap. 9.

el español, al cual profesa el mas profundo respeto. Mucho siente no tener personalmente una entrevista con los españoles; mas le impide verificarlo así, la gran distancia, á que se agrega que el viaje presenta muchas dificultades y riesgos á causa de los formidables enemigos por entre los cuales se tendria que trancitar; por manera que todo lo que puede hacer para con estos extranjeros, es darles al volverse al país de donde han venido, las mas sinceras pruebas de su amistad."

Cortés, aunque muy apesarado de que Moteuczoma se rehusase á admitir la entrevista personal que le habia pedido, ocultó lo mejor que pudo aquel disgusto y expresó en términos muy cumplidos, cuánto agradecia las munificencias del emperador; "lo cual," añadió, "avivaba su deseo de tener con él una entrevista: que no se encontraba con ánimo bastante para presentarse de vuelta ante su soberano, sin haber realizado el gran objeto de su viaje; que por otra parte, aquel que habia arrojado los peligros de una navegacion de dos mil leguas, fácilmente podia despreciar los que se le presentasen en un corto viaje por tierra." Volvió á suplicarles que llevarsen aquel mensaje á su señor, y que tambien le ofreciesen el ligero presente que le enviaba en señal de su respeto. Consistia aquel en unas cuantas camisas de Holanda fina, un vaso florentino dorado y esmaltado con alguna curiosidad, y en algunas chácharas

de poquísimos valor y que eran una miserable recompensa del magnífico regalo del monarca azteca. Así lo conocieron los embajadores, ó á lo menos no se mostraron muy ansiosos de encargarse del regalo ni del recado; y al irse del campo de los españoles, volvieron á repetir al general, que juzgaban que su solicita seria inútil.

El rico tesoro que estaba deslumbrando á los españoles, excitó en su seno emociones tan diversas como era el carácter de cada uno. Los unos deseaban ardientemente penetrar de una vez en aquella tierra que ofrecia tantos objetos de inmensa riqueza; otros juzgaban que aquel era demasiado poderoso para que se pudiese vencer con la fuerza insignificante que entonces tenian; siendo de dictámen volverse á Cuba á informar al gobernador de todo, para que se aprestase una expedicion capaz de tanta obra. Poca duda puede haber de cómo obraron en el ánimo de Cortés, para quien las dificultades de una empresa eran mas bien incentivos que retraentes. Mas con todo, nada dijo, á lo menos públicamente, prefiriendo seguramente que tan importante movimiento procediese del impulso y determinacion de todo su ejército, mas bien que de su propio impulso.

1 Las-Casas, Hist. de las Ind., MS., lib. 3, cap. 121. Bernal Diaz, op. cit., cap. 39. Ixtlilxochitl. Hist. Chich., MS., cap. 80. Gomara, Crónica, cap. 27 apud Barcia, tom. II.

Los soldados entretanto estaban muy molestos, tanto por su posición en medio de aquellos abrazadores arenales, como por los pestilentes miasmas que despedían los pantanos de las cercanías, y por los insectos venenosos propios de aquellas regiones cálidas, que no les dejaban descansar ni de día ni de noche. Treinta compañeros habían ya enfermado ó muerto; pérdida muy considerable si se atiende al corto número que eran. Para colmo de su desdicha, la frialdad con que los recibieron los gefes mexicanos se había extendido al pueblo, de modo que los bastimentos habían disminuido en abundancia y subido exhorbitantemente el precio. No era menos angustiosa la situación de la escuadrilla, que anclada en una rada desabrigada, estaba expuesta á la furia del primer norte que soplase en el golfo de México.

Llevado de todas estas circunstancias, determinó el capitán mandar dos naves á las órdenes de Francisco de Montejo, y con el experto Alaminos de piloto, á reconocer la costa por la parte del Norte, para ver si se encontraba puerto mas seguro para la escuadra y mas cómodos cuarteles para las tropas. Pasados diez días volvieron los embajadores mexicanos, que entraron en el campamento español con la misma solemnidad que la primera vez, y trajeron consigo un rico regalo de ricas estofas y adornos de metal, que aunque menos valiosos que el que traje-

ron entonces, no valía menos de tres mil onzas de oro: además de esto trajeron cuatro piedras preciosas de considerable tamaño, parecidas á las esmeraldas, y llamadas por los naturales *chalchuites*; cada una de ellas valía, según les dijeron á los españoles, mas de una carga de oro, por lo cual las ofrecían como una distinguida señal de respeto al monarca castellano.¹ Mas desgraciadamente no valían en Europa ni lo que valen muchas cargas de tierra.

La respuesta de Moteuczoma era sustancialmente la misma que antes: contenía una prohibición expresa á los extrajeros de acercarse á la capital, y les decía que esperaba que ahora que habían ya obtenido todo lo que mas deseaban, regresarian á su país luego que les fuese dable verificarlo. Cortés escuchó esta áspera respuesta con urbanidad, aunque friamente, y volviéndose á sus capitanes, exclamó: "es el tal un rico y poderoso príncipe por cierto; y aunque sea difícil, tenemos de pagarle algun día personalmente su visita."

Mientras estaban en estas pláticas, tocó á visperas la campana: los soldados al oírla se arrodilla-

¹ Bernal Diaz, op. cap. 40.

El padre Sahagún describe del modo siguiente aquellas piedras tan preciosas en México, que solo á los nobles era permitido usarlas. «Las *chalchuites* son verdes y no transparentes mezcladas de blanco; usánlas mucho los principales, trayéndolas á las muñecas atadas en hilo, y aquello en señal de que es persona noble el que las trae.» Hist. de la Nueva-España, lib. 11, cap. 8.

ron y se pusieron á orar ante la gran cruz de madera que habian clavado en medio de la playa. Al ver Cortés que los gefes aztecas quedaron sorprendidos de aquel espectáculo, le ocurrió que aquel era un momento á propósito para imprimir en el ánimo de los infieles aquellas ideas cuya propagacion miraba como el principal objeto de su viaje. El padre Olmedo expuso lo mas clara y concisamente que pudo, los principales misterios del cristianismo con respecto á la sagrada pasion, muerte y resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo; y concluyó asegurando al atónito auditorio, que lo que se proponia era extirpar la idolatría y sustituir en su lugar el culto y adoracion del verdadero Dios: les entregó una imagen de la Santísima Virgen y del Divino Salvador, y les instó á que la pusiesen en sus altares en vez de aquellas deidades sanguinarias que hasta allí habian adorado. Lo que no sabemos es, qué tal comprendieron los señores aztecas los misterios de la fé cristiana, explicados primero por Aguilar y despues por Marina; ni si llegaron á apercibir claramente la distincion que habia entre sus ídolos y las imágenes de los cristianos; pero hay razones para creer que el padre Olmedo sembró en terreno estéril, pues luego que concluyó la predicacion, se retiraron los nobles dando señales de duda y desconfianza, muy diversas de las de fácil amistad que habian dado en la primera entrevista. En aquella misma noche aban-

donaron todos los indios sus chozas, viéndose los españoles súbitamente privados de toda especie de recursos en medio de aquellos áridos desiertos. A Cortés le pareció todo aquello tan sospechoso, que llegó á temer que le atacasen en su campamento y tomó todas las precauciones por si llegase tal caso; pero era cosa en que no se habia pensado.

Despues de una ausencia de doce dias, volvió Montejo de su expedicion, á consolar al ejército. Habia navegado por el golfo hasta llegar al rio Pánuco, donde sufrió tan contrarios vientos al intentar doblar el cabo, que tuvo que retroceder y casi naufragó. En toda la travesía solo un lugar habia encontrado que estuviese regularmente abrigado de los nortes. Afortunadamente el país adyacente ofrecia rios navegables y lugares á propósito para acampar; así, pues, despues de alguna discusion, determinaron dirigirse á aquel lugar.

1 Camargo. Hist. de Tlaxcalan, MS. Las-Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121. Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 40, 41. Herrera, Hist. General, Dec. 2, lib. 5, cap. 6. Gomara, Crónica, cap. 29, apud Barcia, tomo II.